

mientos». Enrolado más tarde en la continuación de ese renacimiento literario del 42, y más que eso, siendo como él realizador máximo de la chilenidad, Jotabeche triunfa en sus soledades de Copiapó y redacta sus artículos de costumbres, los cuales han dado tema al señor Edwards para abrillantar todavía más su pluma de maestro.

Como estampas de color, de forma nueva, de acertados detalles, nos entrega sus relatos que dicen relación con la vida santiaguina del siglo pasado de la cual fué siempre un enamorado. Desfilan gracias a sus escritos, las más interesantes escenas de la vida de los primeros años de la patria, al mismo tiempo que podemos conocer nuevos detalles de la personalidad de los gobernantes y del ambiente en que crecían y se desarrollaban las patriarcales costumbres.

Son páginas llenas de intención, de velada profundidad, de elegante decir en las que campea más el escritor que el ensayista. Una nueva fase de las virtudes literarias del señor Edwards se nos presenta; no despreciamos este panorama renovado de color y de sabroso recuerdo de lo antiguo, porque se debe a un escritor que sabe de su oficio como el alfarero más devoto de su obra.

El señor Edwards en estos ensayos y crónicas del tiempo viejo, ha sido verdadero escritor y ensayista, dos virtudes poco comunes entre los que manejan la pluma en este país.—C. R. C.



<https://doi.org/10.29393/At266-24LEAC10024>

EL LOBO ESTEPARIO, por *Hermann Hesse*. México, 1946.

En 1931 La Editorial Cenit de Madrid dió a conocer, por primera vez en el habla castellana, «El lobo estepario» de Hermann Hesse, en una traducción de Manuel Manzanares. Fué el primer contacto de la gran obra de Hesse con los lectores de habla hispana, la que luego reproducirán casi íntegra («Demían», «La ruta interior», etc.), las editoriales americanas,

cuando Hesse eleva la popularidad de su nombre con el premio Nobel de Literatura.

En «El lobo estepario», Hermann Hesse determina con relaciones de armonía y equilibrio insuperables, la particularidad de una novela universal, aislada de lo cotidiano, sólo comparable a los dramas intensos de Dostoiewski, al Joris Karl Huysman de «Allá Lejos», o a la introspección de los místicos, de los poetas y filósofos geniales, como Nietzsche, Joyce y Blake.

Pocas veces nos encontramos ante un libro de tan extraños y terribles designios humanos, de tan difícil asimilación por su entroncamiento con los misterios más complejos. En las páginas cálidas, tormentosas, de «El lobo estepario», están desplegados con un mecanismo de estilo poético y una concepción creadora ilimitada, el arte, la filosofía de origen nietzscheano, la literatura y el sacudimiento político de post y pre-guerra. La desintegración del problema humano y la reconstrucción de lo fundamental dentro de la característica del hombre es la obsesión de Hesse. Su fórmula desconcertante de identificar la personalidad de Harry Heller, el protagonista, con un lobo, el lobo estepario, mediante hondas comparaciones, mueven a Hesse a buscar en la música el medio para dilucidar este estado de conflagración anímica. No desaprovecha, igualmente, el autor de «Demían» otros motivos artísticos, arduos y agudos, para desarrollar una metódica acusación social, que sirve como ejemplo demostrador de la posición de Hesse en los conflictos bélicos de su patria.

Pero, «El lobo estepario» camina con el psicoanálisis por la misma senda, de la mano, juntos.

Precisa Hesse determinar, apoyándose en el arte, la dualidad en la personalidad. No es pequeño problema, ni minúsculo impulso. Ya lo intentaron varios, aunque en escenarios distintos, con personajes más firmes, con raíces cerca de la tierra, menos fantásticos. Hesse prefiere únicamente, lo psíquico y en ello enlaza la vitalidad de sus concepciones.

El lobo estepario es un hombre de unos cincuenta años, desvinculado de todo medio, semi-ausente dentro de su conformación, sometido, en su vida, a un aislamiento perpetuo y que, sin embargo, padece de torturas e incomodidades extenuantes, de un quebranto de la personalidad que sobrecoge. Harry Heller es el genio del sufrimiento, fuerte y duro en el martirio, pero sin voluntad y con un desprecio altivo por sí mismo. Padece, el lobo estepario, de un odio desatado, sin freno, en contra de su propia persona y siente la necesidad de destruir su existencia por encontrarse diferente de todos, único en medio de un mundo que le es cada vez más extraño y en el que no encuentra, a pesar de la búsqueda, una salida para sus impulsos singulares, que lo conducen, fatalmente, a la desesperación, el egoísmo larvario de los introvertidos.

Hesse desea revelar, en «El lobo estepario», la casi inexplicable dualidad de un temperamento superior, imaginista, reflexivo y sabio, como Harry Heller.

Algunos personajes de Dostoiewski sufren igualmente, aunque no de la misma forma, este instinto de la división de la personalidad. Es así como en «El adolescente», Versiloff, se desconcierta con sospechas afebradas y es capaz de decir que parece que se hubiera dividido en dos mentalmente, y que le daba esto un miedo terrible, como si, de pronto, esa segunda personalidad que se le presentaba estuviera al lado de la primera. También, Stravoguin, el enigmático protagonista de «Los endemoniados», proclamará que era capaz de buenas y malas acciones simultáneas. Y en «El idiota», el príncipe Muischkin, está sacudido por continuas incertidumbres, por paradójicos amores, por varios «yo», dispuestos, cada uno, a amar a una distinta mujer.

Es decir, lo mismo que Harry Heller, el lobo estepario, predispuesto a la poligamia, a los varios amores, al abandono y al encuentro desenfadado.

Pero lo que en Dostoiewski es simple, por la naturaleza formal del personaje, sujeto a la dejación de tal o cual amor, en Hermann Hesse la mujer viene a ser el complemento de la personalidad del protagonista único, Heller, Armanda y María son, por lo tanto, la parte que faltó al lobo estepario en la construcción de su alma.

Todo esto se evidencia si sorprendemos que Dostoiewski va siempre tras la suposición y nos lanza en medio de su mundo inquieto y excepcional. Hesse, por el contrario, hurga dentro del plan psicológico. Su necesidad es aclarar, dar vuelta los conflictos humanos, airear el espíritu de su personaje, el único del libro.

Hermann Hesse labora, en general, con ingredientes de magia, plasma sus escenas con acentos poéticos y pasa de lo real a lo fantástico con un simple golpe de sorpresa. Los sucesos angustiosos, trágicos, cómicos, del «Teatro Mágico», confieren a su autor una cualidad de creador sin registro, en la plenitud de sus facultades magistrales. Francamente maravilloso es el momento en que Heller traspone los umbrales de esa sala de encantamiento: «Entre risas y pequeñas caricias extravagantes me hizo dar media vuelta; de modo que quedé frente al espejo gigante de la pared. En él me vi».

«Vi, durante un pequeñísimo momento, al Harry que yo conocía, pero con una cara placentera, contra mi costumbre, radiante y risueña. Pero apenas lo hube reconocido, se desplomó, segregándose de él una segunda figura, una tercera, una décima, una vigésima, y todo el enorme espejo se llenó por todas partes de Harrys y de trozos de Harrys, de numerosos Harrys, a cada uno de los cuales sólo vi y reconocí un momento brevísimo. Algunos de estos Harrys eran tan viejos como yo, algunos más viejos; otros viejísimos; otros completamente jóvenes, mozalbetes, muchachos, colegiales, arapiezos, niños. Harrys de cincuenta y de veinte años corrían y saltaban atropellándose: de treinta y de cinco, serios y joviales, respetables y ridículos, bien

vestidos y harapientos y hasta enteramente desnudos, calvos y con grandes melenas, y todos eran yo, y cada uno fué visto y reconocido por mí con la rapidez del relámpago, y se desapareció: se dispersaron en todas direcciones, hacia la izquierda, hacia la derecha, hacia dentro en el fondo del espejo, hacia afuera, saliéndose de él. Uno, un tipo joven y elegante, saltó riendo al pecho de Pablo y echó a correr con él» (pág. 209).

Nos da, Hermann Hesse, en «El lobo estepario», la delineación de un personaje de atisbos insospechados. La figura de Harry Heller se sitúa en un plano de plenitud, y pasará al concierto de la literatura universal con caracteres definidos. Hay en su configuración amarga, pero rica en matices de fugas y evanescencias crónicas, el motivo certero para sojuzgar la mente del lector, sometiéndolo con la perdurabilidad terrible y asombrosa de su personalidad desadaptable a todo ambiente.

Pero lo que se disfruta en Hesse es la identificación que se hace de lo humano con los problemas del arte. En los motivos, parte final y esencial del libro, (las anteriores son la introducción y el «Tractrac del lobo solitario»), Harry Heller se sumerge en consideraciones dialécticas, en una lucha tempestuosa y original consigo mismo, acerca del destino que llevan en sí algunos hombres, entre los cuales prima la mentalidad del artista. Y la salida, el escape, lo encuentra en el arte y en el humorismo, que luego es desechado, porque en sí constituye la exaltación de las ideas burguesas. En cambio la música da a este hombre las relaciones necesarias que su genio y proyecciones necesitan. La lucha por la eternidad encierra, para él, lo más hondo y terrible en el drama humano.

En este medio es donde clava, Harry Heller, el lobo estepario, sus ideales de salvación frente a la conflagración psíquica, en el derrumbe y la creación de nuevos valores.

Con «El lobo estepario», de Hermann Hesse, renace, entre nosotros, la vieja cultura europea con nuevos ímpetus y renovadas fuerzas.—ANTONIO CAMPAÑA.